

TIPO REFERENCIA: Papeles

TÍTULO: **Los comentarios (edición)**

AUTOR: Godofredo Iommi

EDICIÓN: --

PÁGINAS: 17

IMÁGENES: 17

FORMATO: 21 x 29 cm.

LUGAR: París

FECHA: 1978

COLECCIÓN: Poesía

FONDO: Iommi-Amunátegui

CONJUNTO: Carpeta Cartón

NÚMERO INGRESO: 002

NOTA EDICIÓN: Se trata de una primera edición mecanografiada del poema; contiene anotaciones manuscritas e indicaciones para la edición impresa. Existe una edición del poema en el libro *Comentarios y Cadencias* [Viña del Mar 1980]. Se mantiene, en la transcripción, los cortes de palabras y la estructura que el documento propone para el poema.

CLAVE: Iommi / Poesía / Iommi-Amunátegui / Carpeta Cartón /
Los comentarios (edición) / 1978 / 002 /

CÓDIGO: **IOM-POE-IAM-CAC-COM-978-002**

Godofredo Domínguez

UN 11M

LOS COMENTARIOS

EH

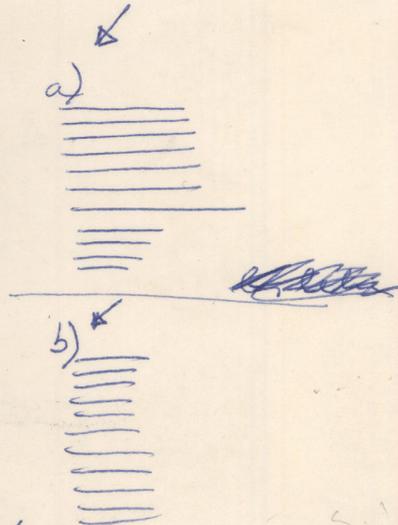
a)

La admisión se expande
en los muebles. Su cabellera
alarga el espejo, los pies
seducidos del alma.

Sin espacio
sin estrofas.

X
Su memoria, avanzada
en lo improbable, palpa la
gozosa tentativa del cuerpo.

X
Desnudas alumbran el
pórtico y la campiña
retira su distancia.

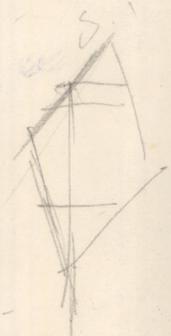


6,4
1,4
2,8

6,4
1,6
8,0

Comienzo original ^{texto}

ha _____



77

b)

La piedra se guarda inminente,
se despegan los bordes
por donde sale el sueño.



Una casa roza su propia apa-
riencia, se reúne en animal
de alabanza .



Otra sonrisa mueve los círculos
del sigilo; la increíble aventura
del retablo.

c)

A vista plena no eran
posibles las coincidencias.



Las densas direcciones del
condado confiaban en sus
distingos, en los espejos
desconocidos.



La rueda sobrelleva una delicadeza
que ningún soldado soporta y en
cualquier parte del rigor abre su
camino.



Había que acceder simultáneamente
a la exclamación del hecho con la
risa múltiple del elogio.



En la espesura inicia sus sentidos.

d)

La repetición excluye su
sombra, figura ideal y calen-
daria del acento.



Una conducta de umbral em-
bellece sus palabras, el oleaje
acidulado de un retorno y
un eco alienta los gajes del
viento.



Ella giró apenas la cabeza
- sus columnas - antes del
himno.

e)

Sus murmullos tejen el
agua libre de sus brazos.
El sol deshace los días
en aquellas reservas y
echa a los pájaros su
confidencia vespertina.



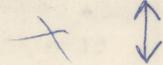
Súbita su luz despliega
el encaje y, de un filo,
devuelve el oro a sus en-
tierros.



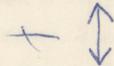
Sus manos dilatan las eda-
des.

f)

Una displicencia duerme
en la invitación; las
huertas sordas del alma
se hunden bajo el paso;
la realidad se desnuda
en el río.



En la traición arde la
joya del reconocimiento,
la mirada final de las
estatuas, la sangre que
detiene la amistad sobre
sus labios.



El alba construye esta
denuncia y la ilusión
se apodera del proceso.

g)

El sueño fragua su
propio rito como el
furor su lujo en el
juicio.



Los restos de la voz
riñen la palabra
escondida en la maes-
tría. El frío inunda
el temor de la lám-
para y la noche es-
talla en su gallo.



Un asentimiento, para
siempre, distrae los ofi-
cios y la mirada presta
sus lágrimas a un eco.

h)

Esta jornada resumida en
sienes, su frase posa los
dedos y el desplante de un
fin en los balcones.



El alma desprende sus arcos,
la ciencia veloz del sueño en
la inocencia, el patio entero
de una pregunta. Su pelo
retiene esta tarde incompre-
ensiva, una penumbra desliza
su caso y la verdad tiembla
en el rango de su pulso.



Tu mirada madura los cuerpos,
pero otro mar extraviado
en el desprecio y la tenue
distracción del gesto en el
suplicio.

i)

Un azar disemina la mano,
la copa involuntaria del ca-
mino. La admonición levanta
el aceite y deja los cuer-
pos al adviento.



La figura declina y suel-
ta sus perdonés y en la piedad
de sus senos una cara
encuentra su imagen.



Otro calor anuncia las
bandadas del deseo.

j)

La paz trabaja los finales,
el acantilado cruel de las
ofrendas. Las ropas asesinas
del martirio mueven la
oscura legalidad del cuer-
po, un número izado a su
cifra.



La libertad regala al otro su
silencio - en su sed se ahoga
el desierto del sueño. Pero
la luz sale de una herida
hacia el lado del viento -
sus vínculos cálidos nos en-
vuelven las rodillas.

k)

Una desapercibida cortesía quita
la tarde. Ellos soltaron sus
armas como bordes antojadi-
zos (la recreación oscura del
reino).



Es un relato urdido por la car-
ne y los antiguos vendajes del
aliento - una arquería de
brazos en alma cuya blan-
cura advierte la estación
pronta y enigmática.



Pero ella se detuvo incompren-
siva. Muda pupila en la
dispersión sin recatos, los
oficios del follaje tienden el
secreto.



Ciega, precisa y rica, de pie
sobre el lago. No me toques.

1)

Otro paso cerraría su pie
de oro invisible en el tor-
mento o en la avidez
de la cita.



Sin restos, sus ojos solos
en la voluptuosa humedad
de los celos. Detrás, el eco
impar hasta la decepción
y un recurso a las íntimas
campanas del olvido.



La última brazada oscurece el umbral-
huésped de par en par en la demora -.

Hablo de la ternura concre-
ta, nada efímera, de las
despedidas.

m)

Aún sin la estación entre
los labios. Más tarde
una tos azul e inoportuna
y la condescendencia de
una sola mujer en el tu-
multo.



Negligencia lúcida de
los sorteos - por fuera una
planta cuida esta lujosa
cobardía.



Esta brasa de aptitud, de
imagen, de fervor sin luz
ni negrura.



La inexplicable dicción.

n)

No la tocaron las sábanas
del viento y su finura de-
sierta para ceder la ceremo-
nia. La desnudez de los
hombros argumenta el
silencio. Más lejos riman
las simétricas coronas.



Y ellas, serenas, indolentes, no
requieren sus sombras; la me-
lodia cesa en su sonrisa.



Conclusa, se abandona a
sus perfiles y vive.

o)

Tu ascenso del cuerpo
hacia si mismo; el aga-
sajo solar de los mur-
mullos.



Innecesario rueda el
brazalete del cielo y
sola se sienta entre
perdidos.

p)

La lluvia entiende el orden
consumado, las mutilaciones
del reto.



El transcurso abre la
ley, la promisión misma del
crimen. Ese pan recluye la
historia, las voces sexuales del
llano y la estribación donde
la muerte disimula.

q)

Se curva en el hecho, hilos sin
rescate, al sesgo se insurge.



Con pizarras sepultan el otoño.



Su aurora celada bruñe la ve-
la. Sin certezas la confianza
explora lazos audaces. Un
encuentro inicia cada fortuna
del canto, suelta todos los
objetos. La madrugada entera
se rinde - nunca lo próximo destruye -
y el vigor de una absorción en el
deleite.

Godofredo Iosami M.

Casa de Juan Pablo, Sabine, Antonin

París. Noviembre 1978.-

a)

La admisión se expande
en los muebles. Su cabellera
alarga el espejo, los pies
seducidos del alma.

Su memoria, avanzada
en lo improbable, palpa la
gozosa tentativa del cuerpo.

Desnudas alumbran el
pórtico y la campiña
retira su distancia.

b)

La piedra se guarda inminente,
se despegan los bordes
por donde sale el sueño.

Una casa roza su propia apa-
riencia, se reúne en animal
de alabanza.

Otra sonrisa mueve los círculos
del sigilo; la increíble aventura
del retablo.

c)

A vista plena no eran
posibles las coincidencias.

Las densas direcciones del
condado confiaban en sus
distingos, en los espejos
desconocidos.

La rueda sobrelleva una delicadeza
que ningún soldado soporta y en
cualquier parte del rigor abre su
camino.

Había que acceder simultáneamente
a la exclamación del hecho con la
risa múltiple del elogio.

En la espesura inicia sus sentidos.

d)

La repetición excluye su
sombra, figura ideal y calen-
daria del acento.

Una conducta de umbral em-
bellece sus palabras, el oleaje
acidulado de un retorno y
un eco alienta los gajes del
viento.

Ella giró apenas la cabeza
– sus columnas – antes del
himno.

e)

Sus murmullos tejen el
agua libre de sus brazos.
El sol deshace los días
en aquellas reservas y
echa a los pájaros su
confidencia vespertina.

Súbita su luz despliega
el encaje y, de un filo,
devuelve el oro a sus en-
tierras.

Sus manos dilatan las eda-
des.

f)

Una displicencia duerme
en la invitación; las
huertas sordas del alma
se hunden bajo el paso;
la realidad se desnuda
en el río.

En la traición arde la
joya del reconocimiento,
la mirada final de las
estatuas, la sangre que
detiene la amistad sobre
sus labios.

El alba construye esta
denuncia y la ilusión
se apodera del proceso.

g)

El sueño fragua su
propio rito como el
furor su lujo en el
juicio.

Los restos de la voz
riñen la palabra
escondida en la maestría.
El frío inunda
el temor de la lámpara
y la noche estalla
en su gallo.

Un asentimiento, para
siempre, distrae los oficios
y la mirada presta
sus lágrimas a un eco.

h)

Esta jornada resumida en
sienes, su frase posa los
dedos y el desplante de un
fin en los balcones.

El alma desprende sus arcos,
la ciencia veloz del sueño en
la inocencia, el patio entero
de una pregunta. Su pelo
retiene esta tarde incompre-
ensiva, una penumbra desliza
su caso y la verdad tiembla
en el rango de su pulso.

Tu mirada madura los cuerpos,
pero otro mar extraviado
en el desprecio y la tenue
distracción del gesto en el
suplicio.

i)

Un azar disemina la mano,
la copa involuntaria del ca-
mino. La admonición levanta
el aceite y deja los cuer-
pos al adviento.

La figura declina y suel-
ta sus perdones y en la piedad
de sus senos una cara
encuentra su imagen.

Otro calor anuncia las
bandadas del deseo.

j)

La paz trabaja los finales,
el acantilado cruel de las
ofrendas. Las ropas asesinas
del martirio mueven la
oscura legalidad del cuer-
po, un número izado a su
cifra.

La libertad regala al otro su
silencio – en su sed se ahoga
el desierto del sueño. Pero
la luz sale de una herida
hacia el lado del viento –
sus vínculos cálidos nos en-
vuelven las rodillas.

k)

Una desapercibida cortesía quita
la tarde. Ellos soltaron sus
armas como bordes antojadi-
zos (la recreación oscura del
reino).

Es un relato urdido por la car-
ne y los antiguos vendajes del
aliento – una arquería de
brazos en alma cuya blan-
cura advierte la estación
pronta y enigmática.

Pero ella se detuvo incompren-
siva. Muda pupila en la
dispersión sin recatos, los
oficios del follaje tienden el
secreto.

Ciega, precisa y rica, de pie
sobre el lago. No me toques.

l)

Otro paso cerraría su pie
de oro invisible en el tor-
mento o en la avidez
de la cita.

Sin restos, sus ojos solos
en la voluptuosa humedad
de los celos. Detrás, el eco
impar hasta la decepción
y un recurso a las íntimas
campanas del olvido.

La última brazada oscurece el umbral –
huésped de par en par en la demora –.

Hablo de la ternura concre-
ta, nada efímera, de las
despedidas.

m)

Aún sin la estación entre
los labios. Más tarde
una tos azul e inoportuna
y la condescendencia de
una sola mujer en el tu-
multo.

Negligencia lúcida, de
los sorteos – por fuera una
planta cuida esta lujosa
cobardía.

Esta brasa de aptitud, de
imagen, de fervor sin luz
ni negrura.

La inexplicable dicción.

n)

No la tocaron las sábanas
del viento y su finura de-
sierta para ceder la ceremo-
nia. La desnudez de los
hombros argumenta el
silencio. Más lejos riman
las simétricas coronas.

Y ellas, serenas, indolentes, no
requieren sus sombras; la me-
lodía cesa en su sonrisa.

Conclusa, se abandona a
sus perfiles y vive.

o)

Tu ascenso del cuerpo
hacia sí mismo; el aga-
sajo solar de los mur-
mullos.

Innecesario rueda el
brazalete del cielo y
sola se sienta entre
perdidos.

p)

La lluvia entiende el orden
consumado, las mutilaciones
del reto.

El transcurso abre la
ley, la promisión misma del
crimen. Ese pan recluye la
historia, las voces sexuales del
llano y la estribación donde
la muerte disimula.

q)

Se curva en el hecho, hilos sin
rescate, al sesgo se insurge.

Con pizarras sepultan el otoño.

Su aurora celada bruñe la ve-
la. Sin certezas la confianza
explora lazos audaces. Un
encuentro inicia cada fortuna
del canto, suelta todos los
objetos. La madrugada entera
se rinde – nunca lo próximo destruye –
y el vigor de una absorción en el
deleite.

